Domingo 9 de febrero de 1997
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 1,29-39

Jesús se levantó de madrugada y oraba

Cuando nosotros amamos particularmente a una persona, deseamos conocer su horario para saber qué está haciendo en cada momento y con la imaginación poder encontrarnos allí presentes junto a ella. El Evangelio de hoy nos permite conocer el horario de Jesús durante dos días especiales: el sábado, que para los judíos era el último día de la semana, y el día siguiente, es decir, el primer día de la semana, que obviamente aún no recibía el nombre de "domingo". "Dominica dies", día del Señor, es el nombre que fue dado a ese día por los cristianos, por ser ése el día de la Resurrección del Señor.

Después que Jesús, pasando por la orilla del lago de Galilea, llamó a sus primeros cuatro discípulos y ellos de inmediato dejandolo todo lo siguieron, llegaron todos a Cafarnaúm. Entonces el Evangelio de Marcos nos informa que "al llegar el sábado, Jesús entró en la sinagoga de Cafarnaúm y se puso a enseñar" (Mc 1,21). Después que comenzó su ministerio público, enseñar en la sinagoga fue la actividad habitual de Jesús el día sábado. Lo fue también en su ciudad de Nazaret: "Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado". Pero esta vez "se levantó para hacer la lectura" (Lc 4,16). Observamos que varios episodios del Evangelio ocurren precisamente en la sinagoga en día de sábado, mientras Jesús enseñaba; de donde se deduce que Jesús mantuvo esta costumbre toda su vida.

¿Y qué hacía después que terminaba el servicio en la sinagoga? El Evangelio de hoy dice: "Cuando salieron de la sinagoga se fue a la casa de Simón y Andrés acompañados por Santiago y Juan". El sábado era el día de descanso y allí, en casa de Simón y Andrés, se disponía Jesús a pasar la tarde con sus cuatro primeros discípulos, los únicos que tenía hasta entonces. No sabemos de qué habrán hablado todas esas horas; pero tampoco lo ignoramos completamente. En efecto, las palabras de vida eterna, que sólo él tenía y anunciaba al mundo, son las mismas que nos han transmitido los evangelistas y no tenemos más que abrir el Evangelio para saber de qué hablaba Jesús con sus discípulos. Precisamente, uno de ellos, Juan, escribió: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y os anunciamos la Vida eterna que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó-, lo que hemos visto y oído lo anunciamos a vosotros para que también vosotros estéis en comunión con nosotros" (1Juan 1,1-3).

El sábado era día de reposo y había que abstenerse de

todo trabajo. Transportar un enfermo habría sido violar el sábado. Por eso, el Evangelio especifica que "al atardecer, a la puesta del sol, le trajeron todos los enfermos y endemoniados". Al ponerse el sol, se consideraba que ya había terminado el sábado y había comenzado un nuevo día. En este primer día de la semana ya podían trabajar y cargar con sus enfermos. Para nosotros un día termina a medianoche y esa es la hora cero del nuevo día que comienza. Para un israelita del tiempo de Jesucristo, el día termina al ponerse el sol y esa es la hora cero del nuevo día. La Iglesia ha conservado esta práctica en su liturgia. Por eso la celebración del domingo y de las solemnidades comienza en la víspera del día precedente.

Sigamos el horario de Jesús. Desde esa tarde hasta la noche "Jesús curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó a muchos demonios". Podemos imaginar que Jesús se detenía con cada enfermo, que se interesaba por cada uno, por su familia, por sus preocupaciones; que decía a cada uno una palabra de aliento y de instrucción, es decir, una de esas palabras de vida eterna, que sólo él puede decir y que quien las ha oído ya no las puede olvidar jamás; y que despedía a cada uno libre de su enfermedad o del poder del demonio. Al decir que "Jesús curó a muchos", el Evangelio nos da un resumen general de la actividad curativa de Jesús. Pero tenemos también el relato detallado de diversas curaciones y allí observamos que Jesús, además de la salud, concede al enfermo un don aun mayor, que consiste en el contacto personal con él: dialoga con el enfermo, destaca su fe y no pierde la ocasión para anunciarle el misterio de su Persona. En realidad, todas sus palabras y sus actos son la gradual revelación de su identidad.

Así terminó ese sábado. Al día siguiente, "muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar desierto, y allí oraba". Esta noticia es preciosa. Nos informa que Jesús acostumbraba levantarse antes que todos los demás, cuando aún era de noche, para dedicarse a la oración en el silencio y la soledad. Si el día era agitado, pues "los que iban y venían eran muchos y no les quedaba tiempo ni para comer" (Mc 6,31), Jesús dedicaba a la oración las horas de la noche, antes del amanecer. Imitando este ejemplo, muchas órdenes religiosas se levantan cuando aún es oscuro para entregarse a la oración en el silencio de la noche. La actitud de Jesús nos enseña que, incluso en medio del bullicio de la vida actual, todos los cristianos debemos procurarnos momentos de soledad para el contacto más estrecho con Dios en la oración. En esos momentos adquirimos viva conciencia de la fugacidad de la vida presente y de la eternidad que nos aguarda. En la soledad y el silencio el hombre no puede dejar de oír la voz de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción